

Marchó de prisa hacia el castillo.

Me levanté á mi vez.

En el momento en que Angela se separó de mis brazos, me pareció haber oído un ruido extraño en un macizo de lilas y de alheñías á pocos pasos del diván, á la orilla del paseo.

Me pareció haber oído un roce de ramas secas y de yerba, y un grito ahogado: pero tan ligero, que en resumen dudaba de mis oídos.

No obstante, me acerqué á aquel macizo.

Un espectáculo imprevisto me esperaba allí.

IX

Al pié de los arbustos yacía una mujer desmayada.

Aquella mujer era Ana-María.

¿Cómo se encontraba allí? ¿De qué provenía su indisposición?

No lo dudé un segundo.

Su cara estaba pálida como la cera. Su boca entreabierta, dejaba ver sus dientes de resplandeciente blancura; sus labios, de ordinario tan encarnados como la sangre más pura, estaban descoloridos.

Dirigí una mirada rápida á mi alrededor.

Felizmente no habia nadie cerca de allí.

Entónces me arrodillé á su lado y la llamé despacio.

A pocos pasos de allí habia un estanque que recibía el agua del manantial. Empapé mi pañuelo y bañé la frente de la joven.

Pronto abrió los ojos, y al verme hizo un gesto de terror.

Un grito iba á salir de sus labios.

Poniendo un dedo en los míos, le indiqué que callara.

¿Me comprendió?

Sin duda, porque cerró los ojos y suspiró:

Este encuentro era una revelación para mí.

Anita había oído algunas palabras de mi conversación con la baronesa; había visto el beso que yo la había dado, y aquel beso la había herido en el corazón.

¡Anita me amaba!

Esta era la explicación de aquellas palabras que me habían parecido enigmáticas:

—¡Ya no quiero casarme!

¡Pobre muchacha!

Por suerte era yo el único que podía adivinar este secreto.

¿Quién es el hombre que no quiere á una niña, porque Ana-María no era más que una niña, á pesar de que por su edad era ya una mujer, que tiene por él tal sentimiento?

—¿Cómo estábais aquí?—la pregunté, ha-

ciendo que se sentara en el mismo sitio que Angela acababa de abandonar.

—La señora baronesa había salido... Virginia la vió dirigirse hacia aquí... y me envié á buscarla...

—¿Y qué os ha sucedido?

—No sé lo que he sentido... el calor... un desvanecimiento... Perdí el conocimiento.

Anita se levantó.

Los colores volvían á su cutis, fino como el satén.

—Estoy mejor—dijo.—Esto no es nada. Me voy.

—¡No, quedáos aún!

—¿Por qué? Les llamaré la atención mi ausencia.

—Estais demasiado débil... Esperad.

—Sobre todo, ruego al señor barón que no diga á nadie lo que me ha ocurrido... ¡Me da vergüenza!... ¡Y además la señora podría despedirme... y sería tan desgraciada no estando yo aquí!

—No diré nada, Anita. Yo tampoco quiero que os marcheis.

Estaba en pie delante de mí.

Sentí vibrar todo su cuerpo como un arpa

bajo los dedos del músico que la toca, y me apresuré á añadir, para atenuar lo que hubieran tenido de demasiado expresivas mis palabras:

—Además, ¿qué tendrían que censurares? No temais nada! Tranquilizaos. Virginia no los echará de menos.

La decía esto sonriendo.

Leí en sus grandes ojos un infinito agradecimiento por la dulzura con que la hablaba, y como se volvía hacia el castillo, la llamé con un gesto.

—A propósito de Virginia — la dije, — acordaos de mi consejo. No seais demasiado confiada con ella. Y si teneis secretos, hija mía, guardadlos para vos sola.

—Así lo haré, señor.

Pronunció estas palabras con voz tan débil que apenas las oí, y sin atreverse á mirarme se alejó.

Sus cabellos parecían de oro á los rayos del sol, y su cuello tomaba los colores del ambar, bajo sus espesas trenzas.

Pero su talle se doblaba y su frente se inclinaba hacia la arena del paseo, como si una carga demasiado pesada la agobiara.

Quedé clavado al suelo y en una gran perplejidad.

Nada tenía que censurar á Angela, y sin embargo, para ser sincero, debo decir que ya no la amaba, en el verdadero sentido de la palabra, al menos con ardor.

No sé cómo explicar bien lo que sentía hacia ella.

Hacia quince años que estábamos casados, y creo que á ninguno de los dos nos había ocurrido la menor idea de una separación.

Al contrario.

Estábamos ligados por la costumbre, por el interés; me hubiera costado mucho abandonarla y cambiar en lo más mínimo perdiéndola; ella formaba parte de mi casa, como el mueble más precioso y más decorativo; pero no excitaba en mí, ó los excitaba por raros intervalos, los violentos deseos de otros tiempos; era indispensablemente la dueña de la casa y por nada en el mundo hubiera yo consentido que se la disputara ese título y esa autoridad; pero á pesar de ese indisputable y perseverante encanto, ya no era ella la dueña de su marido.

Desde hacía muchos años no había tenido

Angela un minuto de expansión como el que acababa de sorprenderme y de impresionarme profundamente; pero aquella explosión llegaba demasiado tarde y no removi6 más que cenizas casi apagadas.

Y además ella había dicho la verdad.

Yo tenía un agravio contra ella. Este agravio era mi casa vacía, este techo sin criaturas, esta fortuna sin herederos, nuestra unión estéril, triste como un campo sin cosecha, como un nido sin cánticos.

Yo estimaba á Angela; era para mí más que una amiga.

Era mi mujer; llevaba mi apellido y me gustaba su elegancia y su belleza; pero ya no la amaba.

No la amaba al menos como á aquella niña á quien acababa de escapársele su secreto.

Porque la chispa al saltar había prendido fuego á más de un costado.

Estaba conmovido por aquella pasión que no se atrevía á declararse y que acababa de manifestarse involuntariamente, tal vez sin saberlo.

Pensaba también que debía aprovecharse porque sería sin duda la última que inspira-

ría y que se necesitaba tener un alma sencilla ó inocente para querer á un hombre de mi edad.

Me hago justicia.

Me preparo para bajar la vertiente de la montaña y por humilde que fuese esa hija de la salvaje Bretaña, tenía al menos en su favor la juventud y un innegable encanto que podía escaparse más que á los que colocan la *toilette* antes que la belleza y dan más valor á un traje bonito que á una bonita persona.

Yo no soy de esos.

Gracias á la escena del estanque, Anita tenía para mí pocos secretos, y, francamente, mi experiencia pasada, me hacía entregarme á una serie de comparaciones que, casi todas, por no exagerar nada, eran en ventaja suya.

En fin, los sentimientos no se razonan.

Se experimentan.

Desde hacía quince días, yo no hacía más que pensar en mi bañista.

¿Y pensar en ella con tanta persistencia, no era desearla y amarla?

Reflexionando esto, me decía que la ilusión ya no era posible.

Me encontraba encantado y aquel encanto era inevitable.

¿Pero qué partido tomar?

Yo no quería cometer una ingratitud en mi casa y además aquella muchacha me inspiraba una compasión mezclada de ternura, que me impedía hacer de ella mi querida y degradarla, colocándola en la categoría de las entretenidas.

En su sencillez, con su ignorancia de las cosas del mundo, ella hubiera aceptado todo lo que yo hubiera querido proponerla, tenía seguridad de esto.

La prisión de una de esas habitaciones que exhalan el aburrimiento, en donde encierran sus amores los vividores; el cuarto mal amueblado que el propietario modesto y quincuagenario ofrece á la modesta á quien seduce; el lujo de las mundanas que se consagran al placer de los demás, y quienes con frecuencia, habiendo sido sirvientas como Ana-María, llegan á tener á su vez quien las sirva y reciba al amante, que se permite un hogar suplementario y clandestino.

Yo lo había leído en sus ojos.

Ana-María estaba á mi discreción; me per-

tenecía en cuerpo y alma, completamente y sin reserva, sometida como por hechizo, era una de esas posesiones diabólicas que se conjuraban en otros tiempos con agua bendita.

Cedía sin defensa al más irresistible de todos los poderes, á la embriaguez más capital y turbadora.

¡Al amor!

Pero os lo aseguro, sin estar dotado de excesivos escrúpulos, sin que quiera hacer creer que soy mejor que lo que en realidad soy, dos escrúpulos me detenían, el de mi casa primero, y despues, y muy principalmente, el que se tiene por la infancia ignorante y sencilla.

Dudareis tal vez de los raros sentimientos que se agitaban y confundían en mi cabeza; lo confieso sin embargo con toda sinceridad. Deseaba, es cierto, con violencia, á Ana-María, pero una especie de superstición me impedía ceder á aquel deseo.

Un temor de profanación me detenía.

Quise resistir aún.

Mortimer vino en mi ayuda.

—¿Yo? —dijo el médico.

—Vos mismo.

—¿Cómo?

—Me decidí á alejarme durante algun tiempo.

Faltaban unas tres semanas para las carreras de Deauville.

La misma noche de la escena del jardín, me quejé de vagos sufrimientos y como consecuencia de una consulta amistosa, fui á pasar unos quince días á Vichy.

—Francamente—interrumpió el doctor,—estaba lejos de sospechar la estratagema, pero sin que por eso tomase en serio lo de la enfermedad.

El doctor empleó una expresión más positiva y más libre.

La lengua que los académicos de hoy hablan en el boulevard, asustaría á su Diccionario de 1840.

—¿Qué supusistéis, pues, doctor.

—¿Yo?... una necesidad de distracción, de cambio de aire... algún encuentro premeditado... No hay aquí quien pueda ofenderse... No sé si los maridos han sido alguna vez fieles, pero de lo que sí estoy seguro, es de que no lo son hoy mucho.

—¿Y las mujeres?—observó el pintor.

El doctor sonrió con finura.

—¡Secreto profesional!

—Pues bien—repuso Chatel,—por lo que me concierne, os engañáis completamente,

—¿Marchábais por virtud?

—Como lo decís, por virtud.

—¿Luchando?

—Cuanto podía.

—No valía la pena. La experiencia me ha enseñado que en esa clase de luchas es uno siempre vencido. Es preferible someterse en seguida... Se acaba antes... En fin, ¿os pusistéis en camino?

—Angela quiso acompañarme. Su acceso de fervor persistía. Se sacrificaba por mí. Tomamos el tren los dos como dos enamorados.

—No vamos á compadecerte,—dijo Fresneuse.

—Aquello fué un veranito de San Martín para un amor que no batía más que un ala, una ráfaga de sol que hizo brotar retoños.

Angela estaba encantadora.

Yo hice cuanto pude por reconocer sus atenciones.

Pasamos quince días en el hotel de la Paz..

Teníamos allí conocimientos. Yo tragaba por fórmula algunos vasos de agua que me daban cólicos... Tomé una media docena de baños desagradables, sin ninguna utilidad para mí, y me consolaba de aquellas molestias con las acostumbradas escursiones á Randan, Chatillon y otros sitios infestados de turistas.

No tardé en cansarme y mi amable compañera de viaje participó de mi aburrimento.

¡Ah! ¡si ella hubiera comprendido la causa de aquél viaje, y, sobre todo, la de aquél aburrimento! ¡Qué cólera! ¡Con qué desdén hubiera medido aquella rivalidad imprevista! ¡Cuán vergonzosa y humillante la hubiera juzgado!

¡Una sirvienta! ¡Una de esas criaturas desheredadas que pasan inadvertidas, oscurecidas, á quiénes apenas se mira y de quiénes no se vuelve uno á acordar tan luego como la puerta de la calle se ha cerrado detrás de ellas!

¡Cómo se hubiera sublevado la raza!

Y, sin embargo, ¿de qué lado estaba la raza, causa de tanto orgullo?

Esas damas tan afinadas por la educación,

por el lujo de la gran vida, perfeccionadas por todas las costumbres de la elegancia moderna, son hermosas, espirituales, graciosas, sencillas; pero ¿cuántas de entre ellas poseen las exquisitas formas que la naturaleza había dado con tanta liberalidad á aquella hija de unos pescadores? ¡Aquellos incomparables cabellos, y, sobre todo, aquellos ojos, que hacían soñar y que tenían el reflejo del mar, que habían contemplado con tanta frecuencia y con tanto amor, como si él hubiera sido la verdadera patria de Anita!

Aquellos ojos me perseguían en Vichy, día y noche, en los jardines del parque, en medio de la batahola de esas mundanas de todas las categorías, que codea uno en los sitios adonde se trasporta París, impulsado por la moda, en los salones del Casino; por todas partes, en fin.

Lejos de aquella muchacha, Vichy me pesaba terriblemente.

Por una feliz casualidad, Angela encontraba demasiado larga nuestra estancia, en aquel país, en donde se citan los enfermos crédulos esperando recobrar la salud perdida.

Ya sabéis que Angela no puede estarse

quieta nunca y que ha resuelto, ó poco menos, el problema del movimiento continuo.

Lejos de París, se apoderó de ella la nostalgia de las modistas, de las costureras, de los grandes almacenes y de los sastres de señoras.

Yo la dejé con toda intención prevenir mis deseos.

Ella fué quien dió la señal. Partimos.

Habia expedido sus órdenes desde Vichy.

Todo nuestro personal estaba en camino para Hennequeville, cuando llegamos á París, en los primeros días de agosto.

Quedé en la averida Gabriel y la baronesa tomó el tren de Trouville.

Veinticuatro horas despues llegaba yo tambien al caserío de Lassaye.

El corazón me latía con un poco más de violencia.

Iba á verla.

X

Ya conocéis Lassaye.

Es una vieja construcción maciza, capaz de resistir á los huracanes que sin embargo más de una vez han hecho destrozos en sus tejados.

Desde la elevación sobre que está construida la casa, se domina un panorama espléndido.

No perderé el tiempo en describíroslo.

La rada del Havre, la partida de los trasatlánticos, el faro del Heve, el mar hasta Onistreham, y, por debajo de la casa, las costas de Hennequeville, cubiertas de *villas* y de verdor, llenas de árboles cuyo pie parece bañarse en el agua, forman un espectáculo que cambia á cada instante y ante el cual está prohibido el aburrimiento.

El parque que rodea la casa es estrecho, pero encantador.

En aquel fértil país, las mismas flores toman unas proporciones y un vigor que no tienen más que en los suelos privilegiados.

Cuando llegué allí, todo estaba admirable y floreciente.

Los jardines parecían verdaderamente encantados.

Debo añadir que podía gozar de ellos á mi sabor, porque estaba solo las tres cuartas partes del tiempo.

Mi mujer, muy corretona en París, lo es cien veces más durante nuestras estancias en Trouville.

Conoce allí á todo el mundo, desde la punta de Cabourg hasta las últimas casas de Villerville.

Así es que siempre estaba de visitas, de excursiones y de comidas, sin contar con las partidas de *law-tennis*, los bailes de por la noche y los *five o'clock*, que no me gustan ni pizca.

Se había vuelto á lanzar en su torbellino, en cuerpo y alma, siempre encantadora y de un humor tanto más agradable, cuanto que ella no ha conocido jamás ni necesidades, ni contrariedades, ni aun decepciones.

La vida le ha sido clemente.

Al día siguiente de mi llegada, á las nueve de la mañana, me paseaba en el parque, tranquilo; había recobrado la serenidad en presencia de aquella soberbia vegetación, por le magnífico espectáculo que tenía ante mis ojos y tal vez también por tener cerca de mí á Ana-Maria, á quien encontraba tal como estaba á mi partida, ó mi huida, cuando me abordó mi ayuda de cámara.

Vosotros conocéis á Fermín.

Tiene cerca de cuarenta años. Está á mi servicio hace unos doce, y ha reunido un capitalito.

Le he ayudado con mis consejos, y algunas veces con mi bolsillo.

Me gusta ver á mi alrededor caras felices.

Fermin es un hombre sério y reflexivo que da siete vueltas á la lengua antes de decir á cualquiera:

— ¡Dios os bendiga!

Juzgad el tiempo que empleará en tomar una de esas resoluciones graves que comprometen el porvenir.

Su cara, afeitada como la de un cómico, me pareció más circunspecta que de ordinario.

—Desearía hablar al señor barón—me dijo dando vueltas á su gorro con cierto embarazo.

Fermin está muy calvo y lleva gorro de punto como un sacristan.

—¿Teneis algo que decirme?

—Sí, señor barón.

—Os escucho, amigo mio.

—Quisiera pedir un favor al señor barón.

—Si puedo haceroslo...

—Si, si puede el señor hacerme el favor que deseó:

Tomamos un sendero tortuoso que conducía á un arroyo, formado por manantiales que broan de todas partes en aquel bendito pais.

Fermin me parecía perplejo.

Al fin se decidió.

—Señor barón,—me dijo—quisiera casarme.

—¡Vos!

—Sí, señor.

—¡Me admirais!

En efecto, Fermin me habia afirmado cien veces que despreciaba el matrimonio. Y debo decir que apoyaba su desden en razonamientos bastante buenos.

Las orgías que las gentes de servicio tienen frecuentemente en Paris, en los rincones consagrados á las gentes de servicio, no eran lo más apropiado para animarle.

Fermin las conocía tanto mejor, cuanto que habia participado de ellas en grande, y que si bien era muy escrupuloso en su servicio, lo era muy poco en sus costumbres y que llevaba hasta donde le era posible, una vida muy alegre.

Se sonrió maliciosamente, y repuso:

—No os ocultaré que estoy enamorado.

—¡Me dejais estupefacto! Un viejo zorro como vos...

—Y haberse enamorado tan locamente, ¿no es verdad, señor?

—¡Diablo!

—Yo quisiera proponer á la joven...

—Pues bien, eso no es difícil. No teneis más que hablar. Proponédselo á quien quiera que sea.

Fermin apretó los labios y meneó la cabeza con aire inquieto.

Para animarle, le dije:

—No os encontrais mal, teneis una buena colocación...

—Eso es cierto.

—Economías...

—¡Bastantes!

—El asunto marchará, pues, por sí solo.

—No estoy seguro de eso. Ya he echado el anzuelo, y el pez no ha mordido. Además tengo rivales.

—¿Quiénes?

—Tengo muchos.

—¿En dónde?

—En casa del señor barón. Marcelo, el cocinero... El cochero de la señora.

Una idea me ocurrió.

—Explicaos, Fermin—le dije con viveza, —no entiendo de enigmas.

¿De qué se trata y qué deseais? Estoy dispuesto á hacer lo que deseis; pero es preciso que sepa...

—Pues bien, señor barón, la mujer á quien quiero es la doncella de la señora.

—¿Virginia?

—¡Ah, no, Virginia no!... La otra, la pequeña, la bretona... Ana María ó Anita. Ella trastorna la casa. ¡No se lo que sienten todos por ella!

—¿Vos también, Fermin?

—No lo niego... El señor barón sabe como ocurren las cosas... Empezamos bromeándonos en los primeros tiempos... honestamente. Pero eso no cuajaba... Por más cosas que la decíamos al oído á la pequeña, se reía; pero sin animar á nadie... con tristeza... ¡Oh, no se incomoda! Es dulce como un cordero; pero tan hourada, que sería un pecado atormentarla. ¡Y trabajadora, viva, atenta!...

—¿Entóncees?

—Si el señor barón quisiera rogar á la señora que la dijera dos palabras...

—Lo haré.

—Y hablar en mi favor.

—¿Por qué no?

—La pequeña no será desgraciada conmigo...

—Sin duda.

—Espero que el señor barón no nos despedirá de su casa.

—¡Con seguridad que no!

—Dentro de quince ó veinte años, cuando yo ya no sirva para nada, tendríamos pan que comer, podríamos retirarnos y vivir cómodamente con nuestros hijos si los tuviésemos.

—Teneis razon.

—¿Entonces el señor barón me promete?...

—Si, Fermín, os lo prometo. Hablaré.

—Doy mil gracias al señor barón.

—No os garantizo el éxito, porque como teneis rivales, pueden haberse adelantado á vos...

Fermín movió la cabeza, como el hombre que supone libre el puesto que quiere ocupar y se alejó repitiendo:

—Cuento con el señor barón. La pequeña escuchará á la señora.

—Es posible.

Fermín se alejó.

Caí sobre un banco rústico situado á la orilla del agua, apoyé los codos en las rodillas y cogí la cabeza entre mis manos.

XI

Apenas me atrevo á confesar lo que sentí.

Fueron unos celos atroces, como si aquella muchacha me hubiera pertenecido, y una terrible ira contra el imbécil que se creía digno, no diré de disputármela, sino solo de pensar en ella.

Me parecía tan atrevido como si hubiera tenido la pretensión de canonizar á *Nuestra Señora*.

Diré más.

Me producía una impresión de disgusto como la que produce una babosa que se arrastra sobre un lirio.

¡El casarse con Ana-María!

Esto era una especie de sacrilegio, á mis ojos.

—Y ¿por qué no, después de todo?

¡Ella era de su categoría, de su clase... porque aun hay clases; estaban dedicados al